

tan sólo al final de su vida, después de las amarguras que le hicieron tragar en sus años juveniles, con la gran injusticia de querer apartarlo para siempre de su Archivo Municipal, y, por consiguiente, de la investigación de la historia de su amada Albacete. Debajo del balcón del Ayuntamiento, este año pasado, otro investigador del Archivo, Domingo Henares y yo, contemplábamos emocionados el acto del pregón de la Feria, que Alberto Mateos tuvo que escribir apresuradamente, con tan sólo unas horas de encargo, y leer entrecortadamente ante un servicio de megafonía que no funcionaba y una emoción inenarrable que le embargaba y que le impedía pronunciar las palabras. Era el gran momento de Alberto Mateos, la gran noche de su triunfo final, y mucho mejor que su nombramiento tardío de Hijo predilecto de Albacete, y que al final ni siquiera ha podido recoger.

Que descanse en paz este viejo amigo, al que he querido como un padre. Y que su recuerdo permanezca siempre entre nosotros, los albaceteños de nacimiento y de adopción. Porque hombres como don Alberto Mateos son los que necesitan las ciudades y los pueblos: tan identificados con su historia, con el alma de la ciudad, que sin ellos la ciudad misma no sería lo que es. Las calles y las casas no son las que definen a una ciudad, sino sus hombres: los que viven y los que ya han muerto. Por eso, junto a las grandes avenidas, junto a los parques y jardines, lo más esencial de una ciudad es también su camposanto: allí donde reposan los hombres que la han creado.

MATÍAS GOTOR Y PERIER († 21 febrero 1987)

Hace unos pocos días decíamos en estas mismas páginas que «las calles y las casas no son las que definen a una ciudad, sino sus hombres: los que viven y los que ya han muerto. Por eso, junto a las grandes avenidas, junto a los parques y jardines, lo más esencial de una ciudad es también su camposanto: allí donde reposan los hombres que la han creado». Estas palabras las escribía entonces en homenaje a un gran amigo albacetense desaparecido, Alberto Mateos Arcángel, y pueden —y deben— ser ahora pronunciadas también en memoria de otro gran amigo, Matías Gotor y Perier, lo mismo que hace poco tiempo fueron pensadas también para José S. Serna. Tres amigos desaparecidos, tres albaceteños ilustres, que quiero hoy unir en estas líneas, para simbolizar con ellos todo lo que me parece que ha sido lo más importante y trascendente de Albacete, a partir de los años 20. Porque hombres como ellos son los que han definido totalmente el espíritu de una ciudad como la nuestra.

Los tres estuvieron siempre tan identificados con su historia, con el alma de la ciudad, que sin ellos la ciudad no habría sido lo que es. ¿Cómo puede hablarse de Albacete, desde 1920 a nuestros días, sin citar a personas como Matías Gotor y Perier, José S. Serna y Alberto Mateos Arcángel? No estaríamos hablando en realidad de Albacete, sino de cualquier otra ciudad, perdida en una galaxia remota.